

HUMANITAS

ANUARIO DEL CENTRO DE ESTUDIOS HUMANÍSTICOS



Cecilia Alferrina
Biblioteca Universitaria

17



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

1976

EL NORTE EN LA HISTORIA GENERAL DE MÉXICO

DR. ERNESTO DE LA TORRE VILLAR
UNAM

No SON ESCASAS LAS menciones al norte de México en las fuentes históricas mexicanas. Fray Bernardino de Sahagún al citar a los pobladores, y entre ellos a los "chichimecas", señala que esas familias anduvieron peregrinando en la "Teotlalpan, Tlacoachcalco y Mictlanpan, que quiere decir: campos llanos y espaciosos que están hacia el Norte". Con la misma preocupación de precisar el origen de la población aborigen, tiempo más tarde Ixtlixóchitl describe los elementos culturales característicos de ese grupo genéricamente denominado.

Así escribe: "Los señores Chichimecas tenían sus reinos y señoríos hacia la banda del Septentrión, que corrían más de dos mil leguas: gente bárbara y feroz y la más fuerte nación que hubo y tiene hoy día este Nuevo Mundo, exceptuando a nuestros españoles. Estos Chichimecas vestían en su natura y vistien hoy día de pellejos adobados de martas, leones, tigres y otros animales feroces: usaban de cutaras de pellejos de animales: su vestido eran unos jeoles de martas, especialmente los reyes y señores, y sus mantas de tigre, león, oso y lobo y el cabello largo hasta las espaldas y cortado por delante. Su comida era todo género de caza y panes de Mezquitl, una clase de árbol que da una fruta seca, dulce y sabrosa. Su habitación era las cuevas, y también tenían casas, pero cubiertas de paja. Sus armas, arco y flecha: y también usaban de cervatanas los señores para ir a caza, y ellos las inventaron. No se casaban sino con una sola mujer, y esta no parienta cercana, como es hermana ni tía en segundo grado, y no siendo éstas, casaban con parientas. Cuando morían los señores se enterraban en sus palacios y los villanos en sus casas. No tenían ídolos: llamaban al sol padre y a la tierra madre. A la primera caza que tomaban le cortaban la cabeza, mostrándola

al sol como sacrificándole, y labraban la tierra donde se derramaba la sangre y dejaban puesta la cosa que sacrificaban. Tenían también ciertas órdenes de gobierno para la República, ciudades, pueblos y lugares, provincias y reinos, distintos unos de otros. Usaban todos los palacios muy encalados: comían todas las cosas de caza asadas. Las mujeres tenían sus huepiles y enaguas de martas: también iban calzadas con sus cutaras. Se coronaban los reyes según el tiempo... "Poníanse joyas en el pescuezo y en las muñecas de las manos. Usaban en las guerras tocar una vocina y caracoles, y tenían unos atambores y teponaxtles. Otras muchas costumbres y ritos tenían en su naturaleza que sería largo de contar."

Y adelante precisa la diversidad cultural del grupo: "Hay muchos géneros de Chichimecos, unos más bárbaros que otros, y otros indómitos que andan como gitanos, que no tienen ni rey ni señor, sino el que más puede ese es su capitán y Señor, y otros que unos a otros se comen. Estos tales no son del linaje de los de esta tierra, porque [estos] tienen sus repúblicas, ciudades, pueblos, etc., y guardan ciertas leyes, no dejando llegar a [aquellos] a sus tierras. Siempre los echan y los traen muy oprimidos, no dejándolos en los poblados, sino en tierras ásperas y desiertas, donde ellos se guarecen muchas veces. Los reyes y señores Chichimecas los han querido poner bien, dándoles señores que los gobiernen: (pero) se han levantado contra ellos y los han muerto: y así, como gente perdida los dejan y no hacen caso de ellos. También hay otros de esos Chichimecos sin señor, que son grandes idólatras y traen consigo al demonio un ídolo suyo".

Estas dos menciones, las más remotas, precisan las características esenciales del norte mexicano; son las que lo definen y fijan su contexto natural, geográfico y humano. "Campos llanos y espaciosos" y "hombres fuertes e indómitos" serán la constante que les calificará desde el lejano siglo XVI y el XVII.

A partir de ese momento las menciones al norte novohispano, al septentrión, van a ser abundantes, mas todas ellas se dan como referencias a una localidad ajena, a un impreciso territorio y a unos hombres extraños y enemigos, tanto indígenas como europeos.

Si las referencias al norte menudean en las relaciones de viajeros, funcionarios civiles y eclesiásticos, estas referencias no integran una visión unitaria del septentrión. El oriente mantendrá la vaga denominación de la Florida, como con justeza opina María del Carmen Velázquez y el poniente la de Nuevo México y provincias de la Gran Quivira. Su vasto territorio, sólo tardía y fragmentariamente fue configurado; sus recursos naturales no

fueron ni explorados ni descritos en su totalidad, aun cuando sí se tuvo conciencia de ellos; su población dispersa, en diferentes estudios culturales era inasible, incontrollable, difícil de someter a normas político-sociales económicas y religiosas semejantes a las establecidas en el centro de México. Junto a esta situación, el norte resultó ser zona de frontera. Rivales poderosos de España, Francia e Inglaterra, disputaron a España enormes extensiones y consolidaron vecinos a la Nueva España dependencias coloniales desde las cuales asechaban al Imperio. Esta situación fue la que más preocupó a las autoridades españolas y novohispanas quienes percatáronse bien pronto de la condición estratégica, política, económica y militar que las tierras septentrionales tenían.

Si geográficamente fue tal su indeterminación, históricamente no creó una conciencia que permitiera comprenderlas dentro de una concepción unitaria. Las grandes obras históricas: de Motolinía, Mendieta, Durán, Torquemada no consignan el acaecer en aquellas regiones sino como parte de la labor misional y de exploración, como hechos que poco influían en el desarrollo de un conjunto armonioso que era la Nueva España.

La historia de siglo XVI, la gran crónica, hizo una descripción y reflexión en torno de las grandes culturas precolombinas, historió los pueblos mesoamericanos y dejó fuera a los que no pertenecían a esa entidad cultural. Los que quedaron en el territorio calificado por los antropólogos como Árida-América, escaparon a las grandes concepciones, a las historias generales que tuvieron el centro de México y sus culturas como escenario. Es verdad que los testimonios sobre el norte y sus habitantes abundaron, y que ellos llenaron numerosas páginas que van desde las dramáticas de Gonzalo de Las Casas, hasta las idílicas y promisorias de Suárez de Peralta, pero de estas relaciones sólo se incorporaron fragmentos incidentales, en las posteriores historias de mayor amplitud: Betancourt, Villaseñor, Espinoza, La Rea.

Si en la gran historia del siglo XVI el norte quedó marginado, en la escrita en el siglo XVII ocurrió algo semejante, no obstante que en esta centuria el septentrión adquiere una significación mayor, motivada más por factores externos que por su propia importancia.

Las incursiones, primero de franceses, más tarde de los anglos inquietaron a las autoridades que enviaron expediciones y exploradores a examinar y asegurar aquellas provincias. Sus descripciones minuciosas, exactas, dieron amplia información sobre hombres y tierras. Independientemente de ellas, la compañía de Jesús que realizaba eficaz acción en el noroeste dejó a través de la obra de los padres Pérez de Rivas, Venegas y Florencia, ricos testimo-

nios, semejantes a los que franciscanos, agustinos y dominicos escribieron en torno a naciones indias del centro del país. Es en estas obras en las que la historia del norte se incorpora como parte de una acción y un esfuerzo que se realiza por la Iglesia y el Estado, y es en ellas en donde encontramos reforzadas las características peculiares de la historia septentrional que se comienza a insertar en la historia común.

Baltasar de Obregón, si bien nos da una visión amplia, la de los reconocimientos en el norte y la importancia que ellos tenían para la política territorial del Imperio, no trata al septentrión como parte de la historia total novohispana, ni tampoco lo hacen Sigüenza, León, Chapa ni tantos otros capitanes, misioneros y funcionarios que en el siglo XVII avisaron el peligro de los avances franco-ingleses que redujeron considerablemente el territorio novohispano y pusieron en grave peligro al hasta entonces inalterado y tranquilo virreinato de la Nueva España. En esta centuria ocurrirá también un cambio que deja testimonios. La población septentrional ya no será tan sólo de indios levantiscos y nómadas, sino que ingredientes europeos provocarán mayores inquietudes por contar con recursos militares y políticos superiores a los de los españoles y también por comenzar a constituir un mestizaje que va a dar a ese territorio al poco tiempo, una heterogeneidad racial que antes no tenía, heterogeneidad que se acrecienta con el ingreso de la población negra.

Si en el siglo XVII el temor de la penetración se suscitó y despertó numerosas inquietudes, en la centuria siguiente ese temor se hizo realidad. La indeterminación fronteriza tuvo su fin, al erigirse como dependencias de potencias rivales, la Luisiana, y la Carolina, con lo cual sólo quedó una zona reducida en el este como Florida Española. La expansión inglesa hacia el oeste y el descenso de exploradores rusos por las costas del pacífico, acrecentaron el peligro e hizo aumentar el interés y la vigilancia de esos territorios.

Celosos funcionarios civiles y eclesiásticos recorrieron el norte, determinando puestos fronterizos, sitios estratégicos en los que establecer guarniciones militares para contener a los extraños, presidios para controlar la población indígena, misiones para asegurar el adoctrinamiento y reducción de los naturales, y realizando una amplia labor de información, de inventario de recursos naturales y humanos indispensable para la reorganización económico-política de todo el territorio imperial en que se empeñó la administración borbónica.

De esos informes derivan preciosos testimonios, los mayores y mejores sobre el norte: los de Tamarón y Romeral, Lafora, Morfín, Rivera y otros

más que revelan cómo la "tierra dentro" novohispana poseía características singulares que la diferenciaban del resto del reino. La tierra, su ocupación y formas de explotación, sus amplios recursos que requerían atención, cuidado, sacrificio; sus hombres muy diversos, pues ya no eran tan sólo indios y extranjeros, sino que parte muy importante ocupaban criollos y mestizos, de valerosa condición, enérgicos de espíritu independiente, quienes vivían defendiéndose tanto del extraño como de las tribus belicosas. Estos elementos que coinciden con los que se señalaban anteriormente van a persistir y a mantener la constante de su caracterización.

Esos ricos testimonios históricos reveladores de seria preocupación por la suerte de esos territorios y la cual aun en forma satírica se muestra en *La portentosa vida de la muerte de Bolaños* y en otras opiniones como las de Palou, Kino, Salvatierra, las que se conservan en las cartas anuas e informes misionales, si bien representan ya un acervo riquísimo, no serán incorporados en ninguna de las grandes historias de la época, ni siquiera la historiografía jesuítica con Alegre, Cavo y Clavijero, incorpora como parte de la historia mexicana, la del norte de México, que no era sino una provincia lejana y dilatada de un reino que formaba a su vez, parte de un vasto imperio.

El siglo XIX con la guerra insurgente provoca un cambio esencial. Los historiadores de la Independencia ven a este fenómeno como un vasto movimiento que conmueve a toda la Nueva España. Las causas del mismo las consideran generales, sus repercusiones las estudian con más o menos detalle en todas las provincias y estiman que la emancipación afectó en sus extremas consecuencias a todo el país, el cual a partir de ese momento iniciará su vida autónoma. Será a partir de ese momento que México quede configurado históricamente en su totalidad. El norte formará parte, con los mismos derechos y consideraciones que las restantes provincias, de una entidad política bien definida. A través de las interpretaciones y visión histórica de Bustamante y Alamán fundamentalmente, queda incorporado al desarrollo histórico general de México.

La inclusión del norte en una entidad nacional, obligó a los directores de la política exterior, a Alamán principalmente, a advertir cómo el peligro remoto de absorción por una potencia extraña se convertía en amenaza cierta, y a tratar de preocuparse por su defensa. Las medidas de la administración mexicana para preservar los territorios norteños escapan a una pura concepción histórica y se insertan en las trayectorias políticas. Si hay que señalar que ante el hecho desafortunado de su pérdida, uno de los historiadores con mayor conciencia de esa penosa realidad y quien más

luchó por preservarla lamentará reflexivamente ese despojo. Alamán lo considera como producto de un largo error, de una falla fundamental, independientemente de los equívocos del momento, el cual radicó en un alejamiento geográfico y humano que no posibilitó un mayor acercamiento político, cultural e histórico de aquellas provincias al desarrollo general de México.

La historiografía del período en que el norte se perdió, de 1835 a 1848 no recoge testimonio alguno que permita advertir cuál fue la reacción de los vencidos, de los incorporados a un régimen extraño. Ese silencio sólo se explica como un convencimiento fatal de que había que conformarse inexorablemente con un destino o como una negativa a explicar los errores que nos llevaron a la derrota.

México, al configurarse en el siglo XIX como ente jurídico-político autónomo, tuvo que elaborar su historia nacional. La historiografía de la Independencia, repitió, dio las bases de una interpretación general y a partir de ese momento y más aún del año de 1848 la República necesitará contar con una auténtica historia nacional.

Balbuientes son los primeros esfuerzos que llevan a la elaboración de *Catecismos Histórico-geográficos* del país como el que redactó Almonte y más serios los esfuerzos de José María Roa Bárcenas, con su *Catecismo elemental de la Historia de México*, Manuel Rivera Cambas con diversos trabajos, Antonio García Cubas y Guillermo Prieto con su *Compendio de Historia Universal y Particular de México* y sus *Lecciones de Historia Patria*.

En estos y otros meritorios trabajos ya se percibe el ánimo de formular una auténtica historia nacional, una historia comprensiva del acaecer histórico en todas las provincias mexicanas, una historia general del país que incorporara dentro de un cauce común los particulares cauces de las regiones que lo integraban, sin diferencias de ninguna especie.

Si el anhelo fue positivo, su realización fue poco factible dado que se carecía del material histórico que ilustrara los particulares acaeceres. La necesidad de volver hacia los orígenes indianos como reacción en contra de un largo período de dominación que se sentía oprobioso, motivó un preferente interés hacia la historia antigua. Sin embargo las *Disertaciones* de Alamán cubrieron la historia colonial y poco a poco los trabajos de García Icazbalceta, Ramírez y Orozco y Berra mostraron la necesidad de incorporar en un todo homogéneo el desarrollo histórico de México.

Con un marcado criterio liberal, igual que lo hizo Prieto, los autores de

México a través de los siglos, se dieron a la magna tarea, todavía no superada ni en concepción, profundidad, ni conocimientos, de elaborar la primera gran historia nacional, la que comprendiera desde nuestros remotos orígenes hasta la victoria de las armas republicanas sobre el invasor europeo en 1867, esto es, hasta el momento en que la nación mexicana, consciente de su destino, no solamente cobró conciencia de sí como nación, sino que actuó históricamente, determinando su propia conducta y destino.

Es en esta historia en la que el norte, como otras fracciones de nuestro territorio cobra plena vida. José María Vigil incorpora certeramente, en la medida que contó con información, testimonios relativos a períodos álgidos de nuestra historia a partir de la guerra de independencia. De esta suerte quedan reseñados, aun cuando suscitadamente, los acontecimientos a que dio lugar la guerra con Texas y con los Estados Unidos y los que ocurrieron durante la intervención francesa y el establecimiento del Imperio de Maximiliano.

Independientemente de estos esfuerzos realizados desde el centro, hay que destacar el momento en que las diferentes provincias mexicanas empiezan a reseñar su propia historia. La vida independiente y la organización federal obligó tanto a la administración central como a las locales a tener una idea de sí mismas, de sus recursos y de su desarrollo histórico. El entusiasmo por la estadística favoreció una serie de trabajos que, continuando la línea de las relaciones geográficas, inventariaban rigurosamente los recursos naturales y humanos de cada región, a base de los cuales podía elaborarse un plan efectivo de gobierno. A semejanza del informe preparado por Miguel Ramos Arizpe para sus provincias, otros más aparecieron y dentro de ellos se recogieron informaciones históricas muy diversas. Cada provincia comenzó a elaborar su propia memoria. Tejas en 1834, por mano de Almonte, preparó un valioso informe que mostraba la importancia de sus recursos, ya codiciados por los extraños.

Las memorias estadísticas van a ser así las primeras manifestaciones de un interés geográfico histórico regional. Ellas sucederán a las crónicas religiosas en torno de la acción misional, que como otras formas de actividad en el norte queda suspendida.

Así como los historiadores del centro del país tuvieron que mostrar sus opiniones escribiendo en torno de la guerra contra los Estados Unidos o la guerra con Francia, también los historiadores de provincia se vieron precisados a relatar la participación de sus coterráneos en las gestas emancipadoras y en las campañas militares contra los agresores. Resultaba impor-

tante señalar la participación regional, olvidada o disminuida en los juicios generales; poner de relieve la actuación patriótica del pueblo provinciano y los méritos cívicos y militares de los próceres regionales. Era indispensable no sólo rectificar algunas apreciaciones vagas o dolosas respecto a los hombres del norte, sino subrayar el valor y la importancia que su conducta tuvo para el desarrollo general del país. Las naturales divergencias entre los caudillos de recios caracteres del pasado siglo; sus encontrados intereses e idiosincrasia, se tuvo que explicar a través de obras que enfocaban temas concretos, desarrollos particulares. La organización del país que afectó viejos y fuertes intereses, los cuales trataban de disminuir los intereses generales: la vanidad y el orgullo local; la defensa en situaciones justas que un ciego e interesado centralismo no advertía; la justa participación en los esfuerzos comunes, en la defensa común de la patria; las rivalidades interprovinciales por límites, preeminencias y goce de derechos, todo ello motivó la elaboración de historias particulares, de relatos provinciales, de biografías sucintas de los héroes cívicos y militares de las localidades, que poco a poco fueron constituyendo auténticas aportaciones no sólo a la microhistoria, como hoy se ha dado en llamar a esta historia particular, concreta, preciosa en sus detalles y cálida de vida humana, sino a la historia regional y a la nacional.

El número de historias de este tipo es infinito, su calidad diversa y dispares sus intereses. Si algunas de ellas llegaron a producir obras básicas con las cuales se puede integrar una historia nacional, otras carecieron de perspectivas ambiciosas, de amplia y ambiciosa proyección, de una estructura, información y métodos que las hacen poco útiles. Siguiendo mil denominaciones: Efemérides, Reseña Histórica, Historia Sucinta, Apuntes para la Historia, Esbozos Históricos, etc., cada autor de acuerdo con su propia perspectiva y circunstancia, elaboró su trabajo, a base de inaudita paciencia y auténtica buena fe. Muchos de ellos polemizaron o trataron de desfacen entuertos históricos; otros narraron acuciosamente los hechos como ellos los contemplaron o los imaginaron. Abundancia de fantasía hubo en muchos, en otros pobreza y casi miseria en la narración. Acrecentáronse las virtudes de los biografiados, pero muchos de estos trabajos nos dejaron una información sobre personajes que de no haber sido por ese entusiasmo casi hagiográfico, desconoceríamos totalmente. Importante es el conjunto de héroes civiles: educadores, benefactores, estadistas probos que nos queda de ese primer esfuerzo. Más tarde serán los hombres de capa y espada, aun los opuestos a la aceptación oficial. Todavía por entonces se podía disentir de las declaratorias históricas oficiales siempre falsas, engañosas y oportunistas. La historia de las localidades queda bien delineada, aun cuando hay grandes

lagunas. Y en medio de esta producción de un valor desigual pero estimable, surgirán como creaciones de auténticos hombres de pluma, de historiadores de recia personalidad, de visión amplia y también de genio, las historias básicas de cada provincia.

Cierto es que no siempre se contó con un genio dispar, como el doctor Agustín Rivera quien deja unos apuntamientos de importancia nacional, pero sí hay que mencionar que en toda la República surgen historiadores de primer orden que podrían ser un orgullo en la historiografía de cualquier país, como Crescencio Carrillo y Ancona, Eligio Ancona, Justo Sierra O'Reilly en el sureste; Luis Pérez Verdía, José López Portillo y Manuel Cambre en Jalisco; José Antonio Gay y Manuel Martínez Gracida en Oaxaca, Miguel Lerdo de Tejada, Manuel Rivera Cambas en Veracruz, Primo Feliciano Velázquez y Manuel Muro en San Luis Potosí.

El siglo XIX y las primeras décadas del presente serán época de gran fomento histórico. El norte está presente en esa producción y así hay que contar a Eustaquio Buelna, Eduardo Villa, Ramón Corral entre los que cultivaron la historia de Sonora y Sinaloa; a León Barri, Francisco Almada la de Chihuahua; Nuevo León nos deparó a José Eleuterio González y más tarde a David Alberto Cossío, Carlos Pérez Maldonado, Santiago Roel; Coahuila a Vito y a Miguel Alessio Robles; Aguascalientes a Agustín R. González. Todos ellos, unos cuantos dentro de una amplia nómina que tendríamos que hacer, dejaron una visión, no fugaz ni peregrina, sino permanente, definitiva. Los aportes que hicieron a la historia local y nacional son muy valiosos, positivos. ¿Cómo habríamos podido incorporar a la historia de México lo ocurrido en Coahuila y Tejas si no hubiera sido a través de los estudios de Vito Alessio Robles? y ¿Cómo saber de la Nueva Vizcaya sino hubiera sido a través de los trabajos de Atanasio Sarabia y así en otros casos?

El mérito de la historia del norte, como la de cualquier otro lugar, radica en la inteligencia, en el certero hallazgo, en la reflexión profunda, en la expresión clara y precisa de sus autores. Cuando un historiador regional acierta en el tema, aplica el tratamiento debido, aporta la información pertinente y expresa con belleza e interés su pensamiento, entonces se tiene la obra que queda incorporada entre las que constituyen la base de la historia mexicana. Si el autor escapa de los intereses provinciales y en busca de mayores perspectivas y con mayor aliento se decide a emprender una obra de envergadura nacional o mundial, tendremos que encontrar a otro Carlos Pereyra y a otro Silvio Zavala. Pero sin ir tan lejos, advirtamos cómo un historiador de provincia decidido a ocuparse de su propio desarrollo, al

enfocar esté dentro de un plano de interés nacional, buscando lo general, lo universal que hay en él para hacer resaltar en medio de ello, lo diferencial, lo peculiar a ese desarrollo, pero dentro de un encuadramiento más amplio, entonces nos dará una obra que escapa a los intereses provincianos, a las visiones cortas, una obra de atractivo y valor nacional. Tal vez este sea el mérito esencial de los trabajos de nuestro compañero José Fuentes Mares, quien independientemente de sus obras de interés nacional como las de Poinsett y Santa Anna ha historiado personajes importantes de su terruño dentro de un encuadramiento que se inserta y enriquece la historia nacional. Ha dado relieve a la singularidad de sus personajes, proporcionándoles un tratamiento universal. Ha elaborado una historia con amplias y ambiciosas proyecciones no una historia parroquiiana para uso y consumo de unos cuantos. Por tratar de comprender y explicar el porqué de determinadas acciones, Fuentes Mares ha disentido, y qué bueno, de la historia oficial. Las declaratorias oficiales no empañan ni menguan su opinión, sino que la robustecen, pues él está decidido a proclamar una verdad, la que la investigación, el estudio, la reflexión inteligente, la honestidad profesional le dictan, que es la que vale.

Misión esencial del historiador es entregarse íntegramente a su tarea, sin dobleces, ni temores; mirar con limpieza su labor y provisto de los instrumentos intelectuales y materiales que posee realizar su obra de creación. Ésta se salvará en la medida que exista una conciencia clara de lo que se quiere, una constancia inquebrantable en la acción y una entrega total en el acto creativo que permita producir una obra sólida, auténtica, valiosa. El historiador de provincia no debe desdeñar su propia producción ni esperar recibir el reconocimiento inmediato a su trabajo, sino empeñarse en una labor inteligente y constante; mantenerse informado de los adelantos que la ciencia histórica realiza en todos los medios cultos, estudiar, meditar y trabajar incansablemente, con honradez, en lo que constituye la razón de su vida.

La historia escrita en el centro, después de *México a través de los siglos* y de *México y su evolución social* que significó ya un gran avance frente a aquélla, aun cuando no tuvo una coordinación general que le hubiera impreso unidad y coherencia, pues la *Evolución Política y Social de México* de Sierra es una historia independiente, magistral que se da por separado de los restantes trabajos monográficos que la componen y que se ocupan de aspectos muy importantes de la historia de México, económicos, jurídicos, educativos, etc., resulta valiosa por contener información diversa de varias

regiones del país. Después de estas obras que cierran todo un ciclo histórico, caímos en la etapa de la Revolución de 1910. La historia de México se orientó hacia ese período y los testimonios más valiosos e importantes fueron los que reseñaron el movimiento revolucionario. Muchos de ellos no fueron de historiadores profesionales, mas ellos tienen tal valor e importancia por su sinceridad, fuerza dramática, vehemencia, impresión directa y valiente que son nuevas "historias verdaderas" y sus autores tienen el ímpetu vital y la dimensión histórica que un Cortés o un Bernal Díaz. La obra de José Vasconcelos y de Martín Luis Guzmán son las primeras que arrastran en tumultuoso caudal hacia la historia general de México, la historia que arranca en las dilatadas llanuras norteñas. Es la historia, la novela revolucionaria la que deja un rico limo, como en ninguna otra época, limo vivo, vigorizante, que representa la historia norteña, en los estratos con los que se ha ido integrando poco a poco la historia nacional.

La Revolución renovó el interés por la historia del norte, pero si bien los escritores de diversas regiones del país: Azuela, Ferretis, Muñoz, Campobello, Magdaleno, insistieron en advertir la importancia de las gestas norteñas, y de sus hombres, fuera de esos testimonios aislados, no contamos aún con una historia totalizadora del movimiento, ni siquiera de lo ocurrido en el norte. Varios ensayos muy locales se han publicado por beneméritas instituciones como el Instituto de la Revolución, pero no hay todavía una historia que no sea la de una de las facciones en pugna y sí una historia general de la revolución. No sabemos si sea miedo o incapacidad de proporcionar juicios, la verdad es que tardaremos en tener un Lamartine, ya no un Michelet, que pueda enjuiciar un proceso que ocurrió y terminó hace muchos años.

En los últimos tiempos, con el advenimiento de nuevas tendencias historiográficas, la aplicación de métodos diversos, el panorama de la historia norteña se ha abierto y ya se intentan trabajos no tan centrados en una sola entidad sino comprensivos de varias en las que los problemas son comunes. Temas como la formación de la propiedad territorial, la existencia de la ganadería en el norte; la importancia de la minería en la distribución de la población; la movilidad socio-económica en las entidades fronterizas; la centralización del poder económico y político en determinadas regiones; la transformación industrial de ciertos estados; los grupos de presión en la política provinciana y en la política general; los núcleos oligárquicos dominantes en el norte; creos y prácticas religiosas en los estados fronterizos y otros más, representan estímulos que han animado a varios investigadores de estas latitudes a abordarlos. Ya no se espera la llegada del historiador del

centro que se ocupe de estos problemas, sino que son los nativos de estas tierras, dotados de métodos idóneos, más conocedores de la información, más enterados de los particulares desarrollos quienes deben abordar esos temas con certeza, con seguridad e informar a quienes procedemos de fuera, de particulares desarrollos que se insertan en el desarrollo de la historia totalizadora del país. Los trabajos sobre poblaciones, minería, agricultura, ganadería que han emprendido del Hoyo, Cavazos y Vizcarra en Nuevo León tienen el alto mérito de haber no sólo escapado a los intereses localistas, al culto al prócer en turno, a las visiones cortas, para estudiar procesos profundos que complementan el conocimiento global de la historia del país. Las inquietudes por la historia social, económica, ideológica, cultural y ya no de la pura política da nuevas perspectivas a esta labor, infunde aires vivificadores a la historia norteña, como la infunde la visión apasionada y apasionante de Fuentes Mares en torno de personajes salientes de su provincia y del país en general. Una historia sin miedos, sin prejuicios, sin temores de ofender las opiniones oficialistas tan ridículas, falsas como delesnables, es la que se impone para revitalizar nuestra historia, para devolverle su autenticidad, su misión formativa, su capacidad de ser maestra de la vida, guía de las conciencias, memoria fiel de la actividad del hombre.

En esta hora de generales afanes colectivos, la historia del norte, como la de otras regiones del país, debe contener grandes ingredientes de sinceridad, demostrar que es fruto de honda acción reflexiva, de despierta inteligencia, de visiones amplias y generosas, de esfuerzo constante. La historia es una toma de conciencia con nosotros mismos y con nuestro tiempo. Si bien implica una labor creativa, esta creación tiene que ser crítica, enjuiciadora. La historia no fructifica en períodos de tranquilidad, de holgura, de bienestar como la poesía y la literatura, sino que se produce en el momento en que una sociedad entra en crisis, en momentos dramáticos, ya que ella representa una toma de conciencia del individuo y de la sociedad ante agudos problemas que le acogen. Es una toma de conciencia que implica también una solución, que muestra un camino. Si a través de ella se advierte que se ha perdido el timón social, ella también marca los rumbos a seguir o por lo menos revela el porqué se ha perdido la ruta.

Los historiadores del norte no deben aceptar que la suya sea una historia ancilar, sino fuente necesaria e inagotable para la total integración de una auténtica historia de México. Sus visiones deben ser de tal naturaleza que obliguen a honda meditación a los historiadores de otras latitudes, que los fuercen por la vía de la razón y de la inteligencia a comprender sus puntos de vista, sus peculiares interpretaciones.

Más aún, en este como en otros campos, los historiadores del norte deben liberarse de las interpretaciones monocentristas, de las historias que tratan de explicar el proceso histórico de México a base de una visión peculiar, la que corresponde al hombre que ve las cosas desde un solo mirador y a base de unos particulares intereses, y tratar de elaborar no sólo amplios panoramas históricos comprensivos de desarrollos comunes, sino más aún, elaborar libres de toda sujeción una historia de México tal como se puede observar a través de la experiencia del norte. Es hora ya que del norte surja una interpretación serena, sincera, valiente de la historia mexicana, que advierta cómo esta enorme porción territorial, este rico conglomerado humano, constituye uno de tantos elementos de la historia general del país, cómo ésta no se integra por fracciones separadas e independientes unas de otras, sino que es la fusión de todas ellas.

Los historiadores de México, todos los que han dado soberbias y válidas visiones del desarrollo histórico de nuestra patria, han sido en su mayoría, de origen provinciano. Es justamente la posibilidad de apreciar desde puntos de vista distintos de los del centro, más equilibrados y justos, los que han dado a su producción el amplio sentido que los caracteriza. Alamán, Mora, Ramírez, Sierra, Pereyra, por conciliar los afanes nacionales con la rica experiencia provinciana, por sentir que la provincia representa el alma y la esencia de la nación, produjeron síntesis asombrosas en las que la ecuanimidad armoniza con la vigorosa pasión, la sensibilidad fina y la apreciación delicada y sutil, con el juicio acerado y sincero; la expresión limpia y clara con la meditación serena y profunda. De provincia espera México una visión que responda a nuestras inquietudes presentes, a los clamores que cada época postula. La historia que se hace en cada generación, pues es una reflexión continua, atiende la que se debe producir, la que ya se está produciendo en estas limpias, claras y soleadas tierras septentrionales.

El Olivar.

Fiesta de todos los Santos, 1975.